

TIERRA

Existe la resurrección: la vida es una carrera de relevos y revivimos en el resto de los seres humanos que irán naciendo cuando ya no seamos ni siquiera una brizna de memoria. También seremos los árboles que queden, las tormentas, las calles llenas de rostros o cafetines, los débiles balbuceos de un delfín o el estrépito sensual de la berrea.

Debemos, por lo tanto, defendernos del sueño eterno: el vacío real que acecha después del último suspiro será el de un planeta devastado. Suele decirse que seguimos vivos en el recuerdo de los nuestros. ¿Qué sería de esta esfera azul sin la húmeda remembranza de sus ríos, el humo en las chimeneas, el sol embravecido bajo un clima feroz e inhabitable?

Bueno será que alguien defienda a las generaciones futuras para que les quede algo de aire entre los sueños. Pero también convendría actuar en defensa propia, puesto que la luz gemela de los crepúsculos, el beso de los fiordos, el puente sin abismo que tiende cada estrecho, constituirá la prueba de que alguna vez existimos y supimos conservar su belleza cierta, su pulmón colectivo, el más allá de nosotros mismos.

No soy Dios porque no soy el que soy. Tan sólo soy lo que todos seremos. Tierra es mi nombre.

Juan José Téllez
Periodista y Escritor
5 de marzo de 2018